

## “LA COCA CONVOCA”: AUTONOMÍA EN CONTRA DE LA ACUMULACIÓN EN COLOMBIA

---

ANTHONY DEST\*

Lehman College, Nueva York, Estados Unidos

TRADUCCIÓN: DANIEL CAMPO\*

Investigador independiente, Santander de Quilichao, Colombia



\* [anthony.dest@lehman.cuny.edu](mailto:anthony.dest@lehman.cuny.edu) ORCID: [0000-0002-7363-7331](https://orcid.org/0000-0002-7363-7331)

\* [danielcpalacios@gmail.com](mailto:danielcpalacios@gmail.com) ORCID: [0000-0001-7270-6174](https://orcid.org/0000-0001-7270-6174)

**Cómo citar este artículo:**

Dest, Anthony. 2022. ““La coca convoca”: autonomía en contra de la acumulación en Colombia”. *Maguaré* 36, 2: 263-299. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v36n2.102867>

## RESUMEN

Este artículo analiza un fenómeno relativamente nuevo en el norte del Cauca: la expansión masiva de los cultivos de coca. Tras décadas de intensas campañas de erradicación forzada respaldadas por el gobierno de Estados Unidos, la llamada “guerra contra las drogas” ha fracasado en su supuesto objetivo. En el norte del Cauca los cultivos de coca están asociados con una ola de colonización de cultivadores desplazados por el Plan Colombia que llevó consigo lo que algunos habitantes de la región llaman la “anticultura de la coca” asociada con nuevas formas de consumo, violencia y una relación extractiva con la tierra. Esta etnografía explora el poder de la coca para transformar relaciones sociales y económicas, también revela cómo se reproducen las desigualdades estructurales de la sociedad colombiana en las regiones donde se cultiva la planta.

*Palabras clave:* autonomía, cercamiento, comunidades negras, narcotráfico, neoliberalismo, Norte del Cauca, racismo.

## **“COCA CONVENES”: AUTONOMY AGAINST ACCUMULATION IN COLOMBIA**

### **ABSTRACT**

This article analyzes a relatively new phenomenon in northern Cauca: the massive expansion of coca cultivations. After decades of intense forced eradication campaigns promoted by the U.S. government, the so-called “War on Drugs” failed at achieving its stated aim. In northern Cauca, coca cultivations are strongly associated with a wave of “colonization” (colonización) by farmers displaced by Plan Colombia who also brought what some local inhabitants call the “anti-culture of coca,” which is associated with new forms of consumerism, violence, and an extractive relationship with the land. This ethnography explores coca’s power to transform social and economic relations, and it reveals how the structural inequalities in Colombian society are reproduced in regions where it is cultivated.

*Keywords:* autonomy, enclosure, black Communities, drug trafficking, neoliberalism, Northern Cauca, racism.

## **“LA COCA CONVOCA”: AUTONOMIA CONTRA A ACUMULAÇÃO NA COLÔMBIA**

### **RESUMO**

Este artigo analisa um fenômeno relativamente novo no Norte del Cauca: a expansão maciça das plantações de coca. Após décadas de intensas campanhas de erradicação forçada apoiadas pelo governo dos EUA, a chamada “guerra às drogas” falhou em seu suposto objetivo. No Norte del Cauca, as plantações de coca estão associadas a uma onda de colonização de plantadores deslocados pelo Plan Colombia, que trouxe consigo o que alguns habitantes da região chamam de “cultura anti-coca” associada a novas formas de consumo, violência e uma relação extrativista com a terra. Esta etnografia explora o poder da coca para transformar as relações sociais e econômicas, também revela como as desigualdades estruturais da sociedade colombiana se reproduzem nas regiões onde a planta é cultivada.

*Palavras-chave:* autonomia, cercamento, comunidades negras, narcotráfico, neoliberalismo, Norte del Cauca, racismo.

INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

U nas doscientas personas se apretujaban entre las sillas plásticas y bancas de madera que llenaban el polvoriento salón de billar. Otros miraban desde afuera. El grupo, casi todos hombres, había llegado al Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer a pie o a caballo. En un par de meses, algunos de ellos podrían usar sus motocicletas en la carretera recién inaugurada, construida por una compañía energética con intereses económicos en la región. Esa mañana de finales de septiembre de 2016 algunos de los asistentes habían caminado bajo el sol hasta tres horas, con el objetivo de conocer sobre un tema que llamaba la atención más que cualquier otro, el capítulo cuatro de los Acuerdos de Paz: “solución al problema de las drogas ilícitas”.

Por primera vez desde la firma del Acuerdo de Paz en agosto de 2016, la gente tenía la oportunidad de aprender más sobre los contenidos de este documento que marcó el fin de la guerra entre el Estado colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Los y las participantes escucharon atentamente las distintas perspectivas que compartieron las personas sentadas al frente, entre quienes estábamos el gobernador de un resguardo indígena vecino, el representante legal del Consejo Comunitario de Comunidades Negras, un miembro del concejo municipal y yo. El público respondió a las intervenciones mencionando sus aspiraciones y preocupaciones sobre el Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS), que aparece en el cuarto capítulo de los Acuerdos de Paz. Debido a la fragilidad de los Acuerdos, muchos se preguntaban en voz alta si su implementación realmente ocurriría. No obstante, la posibilidad de adquirir recursos del Estado y minimizar los riesgos asociados con el cultivo de coca, servían como estímulos para participar en el proceso de planeación.

---

1 Una versión anterior de este artículo fue publicada originalmente con el título “The Coca Enclosure: Autonomy Against Accumulation in Colombia”. *World Development* 137: 1-11. ISSN: 0305-750X, <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2020.105166>. Elsevier Ltd. Derechos reservados, permiso de publicación especial de la traducción al español para la revista Maguaré. En este artículo uso seudónimos para referirme a nombres de lugares e individuos por razones de seguridad. Además, he cambiado algunos detalles de las historias para mantener el anonimato.

En lugar de enfocarse en la filigrana de los Acuerdos, los organizadores de la reunión enfatizaron el poder de las comunidades para incidir en los programas de sustitución de coca. En el pasado, esta había servido como catalizador para organizar la resistencia comunitaria ante intervenciones externas. Durante la primera gran expansión de la coca en la región, a finales de la década de 2000, los militares intentaron la erradicación forzada de los cultivos mediante el envío de soldados armados con fusiles, palas y pesticidas. La intervención militar provocó el levantamiento de los cultivadores de coca (o *cocaleros*) de la región. En convergencia, las comunidades negras, indígenas y mestizas vecinas confrontaron a las tropas y amenazaron con escalar las protestas si los militares no se retiraban. Los cultivos de coca, aunque pequeños en comparación con los de otras partes del país con trayectorias más largas, en esta parte del norte del Cauca juegan un importante papel en subsidiar la economía local que depende principalmente de la producción de café.

Unas pocas familias fundaron el Consejo Comunitario de Comunidades Negras de Nuevo Amanecer, reconocido formalmente a principios de la década de 2000. Conocieron los beneficios potenciales de organizarse como un consejo comunitario gracias a la relación con los movimientos sociales negros en el norte del Cauca, hogar de algunas de las organizaciones indígenas y negras más fuertes en Colombia, que tienen largas historias de resistencia que se remontan a la época del Imperio español (Almendra 2017; Ararat et al. 2013; Rappaport 1998). Por ejemplo, el Proceso de Comunidades Negras (PCN) y la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca – *Çxhab Wala Kiwe* (ACIN) han jugado un papel crucial en el norte del Cauca al apoyar los esfuerzos de las comunidades por ejercer los derechos multiculturales reconocidos por la Constitución de 1991 (Campo 2018; Gow 2008; Machado et al. 2017; Paschel 2016). Sin embargo, el interés y la afiliación al Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer solo crecieron cuando los militares amenazaron con la erradicación forzada de los cultivos de coca locales en 2009. De acuerdo con un integrante del Consejo Comunitario:

Entonces cuando la gente... yo me acuerdo... cuando la gente se hizo o se... ¿cómo le digo? Acudió al consejo comunitario fue cuando entró la Fuerza Pública porque lo único que sí decían que la única forma de blindar el territorio era siendo indígena o siendo afro. O sea, reconocidos, pues, por cualquiera de esas dos porque

ellos tienen un reconocimiento especial o, bueno, algo así donde la Fuerza Pública no pueden llegar ahí atacando así como una zona campesina sin ningún... ¿qué le digo? Pues sin estar vinculado a ninguna organización de peso. (Entrevista 1)

Mucha gente negra y mestiza de la región se vinculó al Consejo Comunitario, pero no fueron los únicos. Para 2009, varias familias de *colonos cocaleros* provenientes de otras partes del país también lo hicieron. A diferencia de los fundadores de dicho Consejo, los *colonos cocaleros* llegaron a la región a mediados de la década de 2000 en busca de un lugar recóndito para sembrar coca, expulsados de sus hogares en otras partes del país por las erradicaciones forzadas impulsadas por el Estado. Aunque muy pocos o ninguno de ellos se identificaran a sí mismos como negros, consideraron que el Consejo les brindaría una capa adicional de protección frente a las políticas antidroga, ya que las comunidades negras tienen derecho a la consulta previa, libre e informada (Rodríguez 2012). El representante legal del Consejo Comunitario de ese entonces recibió a los recién llegados porque creía que podría aprovechar su creciente atención en esa instancia para defender los derechos de la comunidad.

En 2009 continuaron las protestas contra la erradicación forzada y, tras dos semanas de negociación, el gobierno llegó a un acuerdo con las comunidades. Las tropas se retiraron y las autoridades civiles prometieron implementar una serie de programas estatales e incentivos, como créditos y vías, con el objetivo de alentar a los cocaleros a sustituir voluntariamente el cultivo de uso ilícito. En ese momento, el consejo comunitario enfrentó un dilema. Durante la protesta el número oficial de miembros había crecido de alrededor de veinticinco a doscientas cincuenta familias, pero los *colonos cocaleros* ya no le encontraban mayor utilidad al Consejo, de modo que resultaba difícil reunir el *quorum* necesario para llevar a cabo una asamblea oficial, de acuerdo con el reglamento interno, según el cual al menos la mitad de los miembros registrados debe asistir. La inhabilidad para tomar decisiones de manera efectiva estancó la lucha del Consejo para defender los derechos territoriales de la comunidad y la lucha por asumir funciones administrativas.

En 2017, el Consejo Comunitario enfrentó una situación similar. La gente de la región dice que “la coca convoca”, pues las reuniones relacionadas con la sustitución o erradicación de la coca atraen a mucha

más gente que aquellas relacionadas con profesores irresponsables en el colegio o con la reparación de vías deterioradas. Incluso temas como la posibilidad de adquirir títulos colectivos tienden a provocar ambivalencia –si no resistencia total– de miembros de la comunidad. Este artículo analiza el poder transformador de la coca en las relaciones sociales y económicas, también revela la manera en que las inequidades estructurales de la sociedad colombiana se reproducen en regiones donde esta se cultiva. Más que estigmatizar a la planta o a la gente que la cultiva, examino las contradicciones que surgen a medida que las comunidades cultivadoras de coca se hacen cada vez más dependientes del narcotráfico y, en consecuencia, resultan ligadas a la burocracia estatal, los mercados neoliberales, las campañas de militarización auspiciadas por los Estados Unidos, los actores armados ilegales y la jerarquía racial asociada con la economía ilegal.

La primera parte de este artículo examina críticamente los procesos de colonización de las áreas rurales. En Colombia, los usos contemporáneos de la palabra “colonización” no se refieren típicamente a Cristóbal Colón o al Imperio español. En cambio, la colonización nombra un proceso en curso mediante el cual los campesinos se establecen en las zonas rurales aisladas del país, a menudo sin titulación formal sobre la tierra. Las poblaciones campesinas migrantes han seguido las bonanzas de caucho, oro, banano, petróleo y otras, a medida que han fundado pueblos y construido vías en la selva o los pies de monte. Muchos otros han dejado sus casas debido a la violencia. La aceleración en la producción de cocaína en la década de 1970 proporcionó a los campesinos la oportunidad de sembrar coca, un cultivo rentable y resiliente que se beneficia de la ausencia de las fuerzas de la ley en las áreas recientemente colonizadas (Ramírez 2011). Con el aumento del conflicto, muchos campesinos huyeron a las ciudades y a grandes centros poblados, mientras otros buscaron refugio en áreas más remotas. Las narrativas dominantes a menudo retratan a los colonos como toscos habitantes de las fronteras tropicales de Colombia, sometidos a la violencia y la explotación. Sin embargo, en lugares como el norte del Cauca, los habitantes locales no llaman “colonos” a quienes llegan, sino “foráneos”, para diferenciar su estatus.

A mediados de la década de 2000, muchos colonos cocaleros del suroccidente de Colombia huyeron de sus casas debido al Plan Colombia. En la segunda parte de este artículo exploro las maneras en que la guerra

contra las drogas transformó el panorama colombiano. Desde 2000, Estados Unidos inyectó más de diez mil millones de dólares destinados principalmente a la ayuda militar para el Gobierno colombiano (Security Sector Assistance Database 2019). Esto contribuyó al desplazamiento forzado de más de siete millones de personas (UNHCR 2017). Analizar los cambios demográficos y los patrones en el cultivo de la coca revela la manera en que el Plan Colombia interrumpió la concentración de los cultivos de coca en los departamentos del oriente y el sur de Colombia (Caquetá, Guaviare, Meta y Putumayo) y provocó que estos se esparcieran a otras partes del país. Así, la costa pacífica, una región predominantemente negra e indígena, se convirtió en la ruta más estratégica para el tráfico de drogas, mientras los aviones fumigaban con glifosato los densos cocales al sur de Colombia, las confiscaciones de drogas se expandían en el mar Caribe y los colonos cocaleros salían en búsqueda de lugares más seguros para sembrar.

Además de los cultivos, los colonos trajeron consigo lo que algunos líderes comunitarios llaman la “anticultura de la coca”, asociada a nuevas formas de consumismo, violencia y una relación extractiva con la tierra. En tercera parte del artículo ofrezco un análisis etnográfico de la fricción entre estas dos formas de vida, una basada principalmente en la subsistencia y la otra en acumulación de riqueza (Tsing 2005). A pesar del papel del Consejo Comunitario para proteger a la gente de las erradicaciones impulsadas por el Estado, la supervivencia de los cultivos de coca demostró ser un arma de doble filo. A medida que estos se afianzaron en la vida cotidiana y los foráneos se volvieron más influyentes, la “anticultura de la coca” marcó más la economía política y transformó la formación racial de la región (Omi y Winant 2015).

Las “narco-fronteras” del norte del Cauca son lugares importantes para comprender el cercamiento (Ballvé 2018; Midnight Notes Collective 1990). Este, según Scott, es “un esfuerzo por integrar y monetizar a la gente, las tierras y los recursos de la periferia para que se vuelvan, para usar el término francés, *rentables*, contribuyentes auditables del producto interno bruto y las divisas” (Scott 2009, 4). No obstante, al limitar el cercamiento a una estrecha definición de la economía política, corremos el riesgo de opacar sus aspectos sociales y culturales en un contexto (post)colonial. En el norte del Cauca, el cercamiento de la coca señala la destrucción de formas alternativas de vida con el fin de

consolidar relaciones sociales que pueden ser sometidas a la expansión del capitalismo y al Estado neoliberal. Estas relaciones están enraizadas en formas de opresión basadas en distinciones de raza, clase, género y sexualidad (Federici 2004; Robinson 2000). Como tal, la colonización de los colonos cocaleros/foráneos socava las luchas por la autonomía y la autodeterminación de las comunidades del norte del Cauca.

#### COLONIZANDO LAS MÁRGENES

Las primeras escenas de *La ley del monte*, documental de 1989, ofrecen una mirada cercana a la impresionante bonanza de la coca en las regiones del Caquetá y la Macarena. Filmado en 1987, al final de un fallido proceso de paz con las FARC y el ELN, Adelaida Trujillo, quien coprodujo y codirigió el documental con Patricia Castaño, describe la exuberante selva que se observa en la desgastada cinta. De repente, el paisaje cambia cuando comienza a hablar de los campesinos: una lancha se acerca a un grupo de casas de madera con techos de zinc a la orilla de un río; un hombre habla por un megáfono en una abarrotada plaza de mercado; de una fachada cuelga un cartel del Partido Comunista de Colombia con la hoz y el martillo dentro de una estrella roja; una tienda llamada Almacén el Combate se promociona a sí misma como “el revolucionario de la economía”; un cocalero rellena con hojas de coca un costal; y una sustancia blanca espumosa que será transformada en cocaína se derrama de un balde rojo. El documental muestra luego a Manuel Cano, un hombre mestizo de bigote y voz gruesa que fuma un cigarrillo:

una mujer como la mía, que la dejé vendiendo morcillas en una esquina para mantener el hijo y yo venirme a trabajar. Pero como el trabajo que había no era sino maíz comprándole a uno a trescientos y pico la carga, pues no le dan ni los gastos. Cuando vino la coca, entonces ya la cosa surgió. Ya pude educar mi hijo, llevármelo para la escuela y si quiere colegio, también. Y ya la señora está en su casita que ya se la conseguí. Y, sencillamente, por eso yo vuelvo y repito: ¡Dios y coca!

*La ley del monte* pone en tensión a la civilización con la naturaleza, a la soberanía del Estado con el control de la guerrilla en las zonas rurales y a la economía legal con el narcotráfico. Las palabras de Manuel Cano expresan las contradicciones de la colonización de la Amazonia. Su llegada a la selva y subsecuente acogida de la coca brotan de la

necesidad material, de las promesas y garantías estatales incumplidas para la gente empobrecida del país. Específicamente, el narcotráfico y el cultivo de coca en áreas rurales producen transformaciones que distinguen a esta de otras bonanzas económicas extractivas que impulsaron las olas previas de la colonización. Por ejemplo, a diferencia de recursos no renovables como el oro o el petróleo, la coca no se restringe a espacios geográficos. Es más, los cocaleros dicen que la coca crece en lugares donde no lo hace la mayoría de los cultivos lícitos. Un amigo una vez me preguntó, mientras íbamos en su motocicleta y pasábamos junto a unos campos de coca recién cultivados: “¿usted cree que la yuca o el café crecen en ese peladero? ¡Para nada! La coca es lo único que crece ahí” (Diario de campo 1). Sin embargo, los cultivos de coca sí dependen, de la relativa ausencia y/o corruptibilidad de las instituciones estatales (Serje 2005 y Balvé 2020).

Casi todos los cultivos de coca en Colombia son ilegales. Una excepción importante en el código penal colombiano (Ley 30 de 1986) reconoce el derecho de las comunidades indígenas a usar un número limitado de plantas como parte de sus prácticas culturales o tradicionales. No obstante, el estatus ilícito de la coca y la violencia asociada al narcotráfico somete a los cultivos a un intenso escrutinio estatal y mantiene su rentabilidad. El análisis de las “márgenes” que hacen Das y Poole (2004) es particularmente útil para entender la expansión de los cultivos de coca:

Localizadas siempre en las márgenes de lo que es aceptado como el territorio del incuestionable control (y legitimidad) estatal, las márgenes [...] son simultáneamente lugares donde la naturaleza puede ser imaginada como salvaje e incontrolada y donde el Estado está constantemente refundando sus modos de ordenar y legislar. Estos lugares no son meramente territoriales: también son y, quizás de manera más importante, lugares de práctica sobre los que la ley y otras prácticas estatales son colonizadas por otras formas de regulación que emanan de las necesidades urgentes de las poblaciones por asegurar su supervivencia política y económica. (Das y Poole 2004, 8)

De acuerdo con un reporte de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) de 2017, el 30 % de los cultivos de coca en Colombia estaba a menos de veinte kilómetros de sus

fronteras internacionales (2017a, 29). Sin embargo, incluso en la era de las imágenes satelitales que presumiblemente rastrean casi cada hectárea de coca cultivada en el país, los márgenes que emergen de este y otros cultivos ilícitos como la marihuana y la amapola, desenmascaran el mito del poder totalizante del Estado y la ley bien adentro en las fronteras colombianas. Por ejemplo, las montañas de Corinto centellean después del atardecer gracias a los bombillos usados para acelerar el crecimiento de la marihuana. En una noche despejada en Cali los invernaderos de marihuana se asemejan a pueblos que se esparcen por las montañas al sur de la ciudad. No obstante, muchos caleños desconocen que estas luces que adornan su paisaje son focos de ilegalidad. Estos márgenes a simple vista sirven como el lugar de una de las más recientes olas de colonización de colonos/foráneos.

Los estudios sobre la colonización en Colombia se incrementaron significativamente en la década de 1980, a medida que las FARC ganaban poder y acumulaban capital político sobre su base histórica campesina (Ramírez 1981). En estos estudios –muchos de los cuales aparecieron en las páginas de una revista ya extinta, *Estudios Rurales Latinoamericanos* (1978-1993),– sociólogos, economistas e historiadores debatían sobre las diferentes formas de colonización y analizaban la “cuestión campesina”. La investigación de archivo de LeGrand demuestra que “las regiones de frontera no eran más democráticas que las áreas más viejas del país: en la mayoría de los lugares se encuentra la proyección de desigualdades preexistentes en las nuevas regiones” (LeGrand 1989, 10). Esta autora ha argumentado que la experiencia colombiana contrasta con la impresión de que “las revueltas rurales se originan en la oposición campesina a la penetración de la economía de mercado y a la extensión del poder del Estado en el campo” (Le Grand 1989, 29). Al contrario, los colonos han buscado el apoyo de instituciones estatales en la forma de títulos sobre la tierra, crédito y asesoría técnica.

Varios procesos de colonización facilitaron el cercamiento de territorios rurales, mientras la violencia continuaba despojando campesinos de sus tierras y medios de subsistencia. En un artículo de 1983, Jimeno argumentaba:

el movimiento colonizador hace parte de la ampliación constante del capital, de la esfera de su dominio. Dentro del proceso de formación de un mercado interior se dan simultáneamente un incremento de la agricultura capitalista y la difusión de la misma a nuevos territorios. (Jimeno 1989, 65)

En este orden de ideas, la colonización funciona como una promesa ilusoria para los campesinos que buscan escapar de las condiciones opresivas que los expulsaron de sus casas, de manera que los colonos se convirtieron en una vanguardia inintencionada en el a menudo violento proceso del cercamiento rural.

De acuerdo con Molano, reconocido cronista de la violencia y el despojo en Colombia:

la colonización es siempre un apasionante episodio que se alimenta del futuro. El colono es un hombre que busca desesperadamente dejar atrás su pasado, y hay en él una silenciosa conciencia de que sus privaciones serán recompensadas. Vive de esa esperanza. Asume su adversidad cotidiana con la entereza de quien se sabe un pionero. (Molano 2006, 16; cfr. Serje 2005)

Como Manuel Cano en *La ley del monte*, estos pioneros a menudo son retratados como masculinos y mestizos, resilientes e ingeniosos, que encarnan el Estado-nación. Ya he mencionado que, en el norte del Cauca, sin embargo, los habitantes locales no romantizan a quienes migran ni los llaman colonos. En cambio, los llaman “foráneos” o “llegaderos”. En ocasiones los habitantes locales llaman a los foráneos “pastusos”, en referencia a la ciudad de Pasto, la capital del departamento de Nariño, pues creen que muchos migraron desde allí mediados de la década de 2000.

Durante las multitudinarias reuniones sobre la implementación del capítulo cuatro de los Acuerdos de Paz en 2016 y 2017, los foráneos llegaban en masa y se sentaban en silencio mientras escuchaban el contenido de las reuniones, sin participar en las discusiones. Las autoridades negras e indígenas que coordinaban estos encuentros no podían simplemente echarlos del lugar, tal opción ni siquiera era considerada: la presencia de los foráneos en las reuniones representaba la amenaza de la fuerza. Sus benefactores (los narcotraficantes), aunque raramente visibles o identificables, tenían la capacidad de ejercer violencia con impunidad en el caso de que percibieran a un individuo o una comunidad que desafiara su control sobre el territorio.

Las experiencias de los habitantes del norte del Cauca socavan las narrativas teleológicas de la formación del Estado-nación colombiano que identifican el colonialismo como la época histórica que precede a la independencia del imperio español. En cambio, demuestran la necesidad

de vincular las formas contemporáneas de colonización con el análisis del colonialismo en general como una función pretendida y siempre incompleta de la modernidad y el capitalismo racial (Tate 2015a), una experiencia que no es única en Colombia, como lo han documentado Nahuelpan 2012, Rivera 2012 y Smith 2016, para Chile, Bolivia y Brasil respectivamente. Esto no solo se manifiesta en el cercamiento de la coca en curso. También se expresa en la lucha por el reconocimiento multicultural del Estado-nación, por el cual muchas comunidades negras e indígenas –como el Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer– se embarcan en una estrategia contradictoria con la que demandan autonomía mediante recursos legales ante un Estado erigido a partir de su opresión (Almendra, 2017; Álvarez et al. 2017; Dest 2020; Hale, 2005; Rahier 2012). Carlos Rosero, cofundador del PCN, a menudo ha expresado la necesidad de resistir la colonización de la lucha con la siguiente cita: “cuando entramos en la lógica del otro, estamos perdidos” (Diario de campo 1).

Al llamar a los cultivadores de coca foráneos, los habitantes del norte del Cauca subrayan la imposición de una fuerza externa en sus formas de vida. La colonización por medio de la coca, por lo tanto, funciona como una forma de “colonialismo interno” en las comunidades negras, indígenas y campesinas en las periferias de la región (González 2006). Aunque el caso de los colonos cultivadores de coca puede aparecer en discordancia con el proyecto de Estado-nación, los efectos del narcotráfico aceleran los procesos de colonialismo interno en el norte del Cauca: (1) al profundizar las relaciones capitalistas e interrumpir las economías orientadas a la subsistencia apelando a la “vida acelerada” (*fast life*) del narcotráfico o lo que los líderes locales llaman la “anticultura de la coca”; (2) atrayendo el aparato militar del Estado y sometiendo las comunidades a la violencia asociada con el narcotráfico; y (3) restringiendo las demandas de los consejos comunitarios de comunidades negras y de los cabildos y resguardos indígenas.

Las márgenes son territorios de disputa, donde el Estado-nación neoliberal crea a sus Otros (el terrorista, el narcotraficante, el criminal, el indio, el negro, el campesino disidente); donde el ejército intenta reafirmar su dominio; y donde los capitalistas aprovechan los mercados emergentes. En ese sentido, las márgenes son lo que Serje (2005, 23) llama “espacios de proyección”. Estos espacios de conflictos a menudo violentos acompañan al colonialismo interno y encarnan la noción de Harvey de un “nuevo

imperialismo” que se expande por medio de la “acumulación por despojo” y se relaciona con la “colonialidad del poder” que sostiene jerarquías basadas en raza, género, clase y sexualidad (Harvey 2004; Lugones 2008; Quijano, 2000). Las dificultades actuales en el norte del Cauca, ocasionadas por el influjo de colonos cocaleros, también tienen su precedente en las condiciones materiales que contribuyeron a su llegada y, en particular, en la guerra contra las drogas financiada por los Estados Unidos.

#### IMPERIALISMO Y COLONIZACIÓN

El narcotráfico y la expansión de los cultivos de coca exacerbaron el cercamiento de la región Pacífico colombiana gracias, en parte, a una nueva ola de colonización de los colonos cocaleros. Antes del inicio del Plan Colombia, los cultivos de coca estaban concentrados en los departamentos al oriente y sur del país (por ejemplo, Caquetá, Guaviare, Meta y Putumayo). Después del Plan Colombia, los cultivos se esparcieron a otras partes del país como resultado de las políticas militaristas antinarcóticos respaldadas por los Estados Unidos. Aunque la coca puede crecer a lo largo de la mayor parte del país, la adaptabilidad del cultivo por sí sola no explica su proliferación (Tabla 1). Los analistas del narcotráfico llaman a esto el “efecto globo”, por el que los cultivos se reducen en un lugar debido a la presión solo para incrementarse en otro.

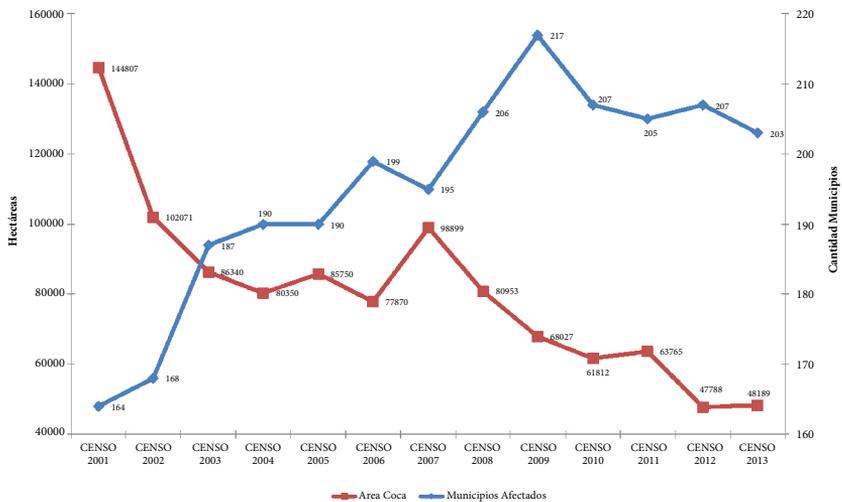
La llamada “guerra contra las drogas” puede haber fracasado en lograr sus objetivos establecidos, pero proveyó a los Estados Unidos de un asidero estratégico en la región mediante la asignación de miles de millones de dólares en ayuda militar a Colombia. De acuerdo con Tate:

la expansión de programas antinarcóticos militarizados para apoyar principalmente al ejército colombiano requería trabajo ideológico e institucional, incluyendo la creación de nuevos enemigos, justificando una respuesta militar [...] los políticos estadounidenses fusionaron el miedo persistente al comunismo de la Guerra Fría con la creciente preocupación de traficantes hiper-violentos. (Tate 2015b, 31)

En 1984, el embajador Lewis Tambs designó a las FARC “narcoguerrilla”, lo cual coincidió con la campaña “Solo di no” de Nancy Reagan y el pináculo de las tensiones de la Guerra Fría en Centroamérica. Tal rótulo sirvió como precedente para que los Estados Unidos tomaran una posición más agresiva contra las FARC en su “guerra contra las drogas” en Colombia, y luego

adquirió un nuevo sentido cuando la “guerra contra las drogas” se fusionó con la “guerra contra el terror” a principios de la década de 2000. Así, el gobierno de los Estados Unidos convirtió el inicial problema doméstico de la política de drogas en un componente clave de la política exterior estadounidense en el ocaso de la Guerra Fría (Tate 2015b).

**Tabla 1. Comparación del área total de cultivos de coca con el número de municipios afectados, 2001-2013**



Fuente: UNODC (2014, 9).

Como resultado, los Estados Unidos proporcionaron significativo apoyo financiero, técnico y militar a la ofensiva del Estado colombiano contra los cárteles en las décadas de 1980 y 1990. Mientras tanto, las FARC expandieron su base de operaciones por todo el país, gracias en gran medida a las ganancias derivadas de su involucramiento en el narcotráfico. El aumento sustancial en la fuerza de este grupo insurgente amenazó la autoridad del Estado colombiano y llevó a muchos analistas a argumentar que Colombia estaba al borde de convertirse en un “Estado fallido” a finales de la década de 1990. Antes, a principios de la década de 1980, Colombia era principalmente un punto de transbordo para la cocaína. Los narcotraficantes colombianos ingresaban pasta de coca al país desde Perú y Bolivia, convertían la pasta en cocaína

y exportaban la mayor parte del producto final a los Estados Unidos, el principal consumidor de cocaína del mundo. Sin embargo, como lo evidencian los protagonistas de *La ley del monte*, los colombianos rápidamente aprendieron que podían reducir los costos sembrando coca en el país. Para 1997, Colombia se había convertido en el principal productor de coca y cocaína, mientras el papel de Perú y Bolivia en la cadena de suministros se reducía considerablemente (Tabla 2).

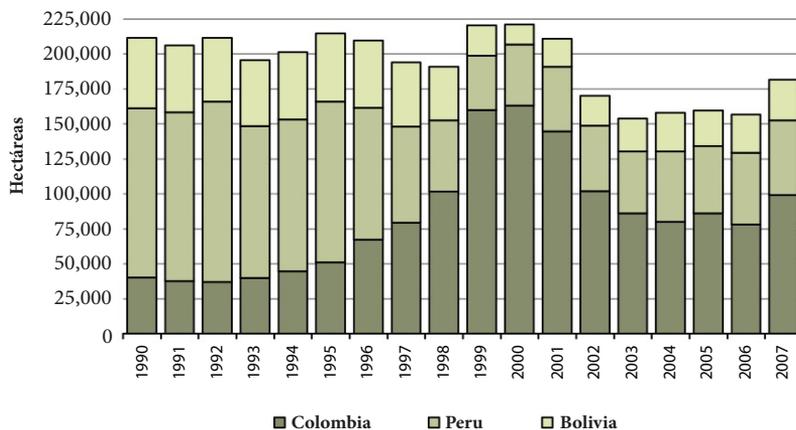
Originalmente promocionado como una especie de Plan Marshall para Colombia, el Plan Colombia proporcionó una oportunidad para que Estados Unidos expandiera su posición en la región, mientras los políticos colombianos buscaban activamente su asistencia a pesar de las protestas que señalaban que dicho plan violaba la soberanía nacional. Tickner ha llamado “intervención por invitación” a esta apertura del establecimiento político colombiano hacia la intervención de los Estados Unidos; Nkrumah lo habría llamado “neocolonialismo” (Tickner 2007; Nkrumah 1966). El Plan Colombia sería firmado finalmente en 2000 y resultó ser una estrategia militar que privilegiaba las fumigaciones aéreas. Los aparentes objetivos del Plan Colombia incluían narcotraficantes, las FARC y los campesinos que sembraban coca en territorios en las márgenes de la sociedad colombiana. Además de identificar a los cocaleros como la base de la cadena de suministros de la cocaína, también los estigmatizó como simpatizantes de las FARC, porque una cantidad importante de la coca producida en Colombia era cultivada en territorios controlados por este grupo armado.

Álvaro Uribe fue electo presidente en 2002 con el mandato de “mano firme, corazón grande”, tras el fracaso de las negociaciones de paz con las FARC durante la administración de Pastrana. El nuevo gobierno se movió decisivamente con la bendición de miles de millones de dólares en ayuda militar de los Estados Unidos. Los grupos paramilitares de derecha organizados en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) trabajaron junto con los militares en muchas partes del país y se beneficiaron de relaciones íntimas con políticos poderosos y los intereses del sector privado (López 2010; Romero 2007). El Estado insistió en las fumigaciones aéreas y destruyó decenas de miles de hectáreas de coca en un corto periodo, a pesar de las preocupaciones humanitarias expresadas por organizaciones nacionales e internacionales. De acuerdo con las víctimas de las fumigaciones, el glifosato les produjo problemas de salud

y los dejó con hambre tras destruir los cultivos de los que dependían para sobrevivir. Un informe preparado por el Instituto Brookings indicó que “la evaluación más conservadora muestra que por cada hectárea fumigada con glifosato, los cultivos de coca se reducen en entre 0,02 y 0,065 hectáreas” (Mejía 2016, 9). Como tal, la política oficial de drogas era (y es) ecológicamente destructiva y ampliamente ineficiente, incluso desde sus propios parámetros de erradicación de la oferta.

La profundización de las reformas neoliberales, en conjunto con las operaciones militares antinarcóticos y de contrainsurgencia produjeron lo que algunos críticos llaman la *descampenización*, y ejemplifica lo que Paley (2014) llama “capitalismo antidrogas”. Las regiones abandonadas por los cocaleros y otros productores fueron sometidas a la apropiación de tierras por corporaciones multinacionales e intereses del sector privado de la ganadería, industrias extractivas y la expansión de cultivos empleados en la producción de agrocombustibles como la palma aceitera y la caña de azúcar (McSweeney et al. 2017). En 2012 entró en vigencia el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos y Colombia después de haber sido pospuesto por el Congreso de los Estados Unidos tras años de preocupaciones sobre derechos laborales y violaciones de derechos humanos en Colombia. Entre 2000 y 2016, la inversión extranjera directa en Colombia aumentó casi diez veces, de 202,5 millones de dólares a más de 2 mil millones de dólares, a medida que estas formas de despojo se difundían por todo el país (Banco de la República de Colombia, 2020).

La bonanza de la coca que golpeó varias partes del país como consecuencia del desplazamiento forzado causado por el Plan Colombia solo llegó al norte del Cauca a mediados de la década de 2000. Al principio, gente proveniente de los municipios cocaleros del Cauca como Argelia, El Tambo y Balboa, así como de otros de los municipios del Putumayo y Caquetá, llegó poco a poco a Nuevo Amanecer comprando tierra a bajo precio. Los habitantes locales inicialmente temieron que el incremento de los cultivos de coca iba a atraer al Ejército u otros grupos armados, pero en cuestión de meses la mayoría de la gente de la comunidad trabajaba en las fincas abundantes de coca de los recién llegados. Esta experiencia no era única. A medida que el glifosato diezma los cultivos de coca durante los primeros años del Plan Colombia, los colonos cocaleros se esparcieron para establecerse en las fronteras de la guerra contra las drogas.

**Tabla 2. Cultivos de coca en el área andina, 1990-2007**

Fuente: (UNODC 2008, 13)

La nueva ola de desplazamiento forzado y colonización causada por el Plan Colombia llevó a miles de colonos cocaleros a la costa Pacífica de los departamentos de Nariño, Cauca, Valle del Cauca y Chocó. A finales de la década de 1990 y principios de la de 2000, el gobierno colombiano también reconoció los primeros títulos colectivos sobre la tierra para las poblaciones principalmente negras e indígenas de la región. No obstante, el repunte de la violencia, mezclado con la afluencia de foráneos, ofrecían un cultivo lucrativo que amenazaba la autoridad de los consejos comunitarios y los resguardos, así como otras organizaciones de base.

La Tabla 3 rastrea la expansión de los cultivos de coca en la costa pacífica que, de este modo, transformaron la composición demográfica de la región. Por ejemplo, en Tumaco, el segundo municipio más extenso de Colombia y hogar de trece consejos comunitarios, los cultivos de coca crecieron de 1421 hectáreas en 2001 a 7045 en 2006 (Observatorio de Drogas de Colombia 2020). Para 2012, las amenazas de muerte obligaron a huir a muchos líderes elegidos como representantes de los consejos comunitarios de Tumaco. De acuerdo con un informe de la UNODC, en 2017, los cultivos de coca se incrementaron 32 % en comunidades indígenas y 45 % en comunidades negras, solo entre 2015 y 2016 (UNODC, 2017b). Para el PCN:

El Plan Colombia, una política guerrerrista e imperialista impuesta por los Estados Unidos e implementada por la élite política y económica colombiana, condujo al desplazamiento forzado de millones

de personas [...] Como comunidades negras entendemos que la mal llamada “guerra contra las drogas” es en realidad una guerra contra nosotros. (pcn 2017)

**Tabla 3. Hectáreas de coca por departamento/región**

<b>Año</b>	2000	2004	2008	2012	2016
<b>Colombia (Total)</b>	<b>163,289</b>	<b>80,350</b>	<b>80,953</b>	<b>47,790</b>	<b>146,139</b>
<b>Centro-sur de Colombia (Total)</b>	<b>121,367</b>	<b>39,395</b>	<b>26,115</b>	<b>16,393</b>	<b>46,807</b>
Caquetá	26,603	6,500	4,303	3,695	9,343
Guaviare	17,619	9,769	6,629	3,851	6,838
Meta	11,123	18,740	5,525	2,699	5,464
Putumayo	66,022	4,386	9,658	6,148	25,162
<b>Región Pacífico (Total)</b>	<b>14,245</b>	<b>15,788</b>	<b>29,917</b>	<b>18,969</b>	<b>57,777</b>
Cauca	4,576	1,266	5,422	4,325	12,595
Chocó	250	323	2,794	3,429	1,803
Nariño	9,343	14,154	19,612	10,733	42,627
Valle del Cauca	76	45	2,089	482	752

**Fuente:** elaboración propia con base en estadísticas de UNODC (2004; 2017a)

### LA “ANTICULTURA DE LA COCA”

En enero de 2017 se difundieron historias en Nuevo Amanecer sobre una banda de ladrones y una serie de robos de alto riesgo. Juan entró en el cuarto de sus padres, donde la familia que me daba hospedaje estaba viendo la serie *Colombia's Next Top Model* en televisión. “Un comprador fue detenido en el otro lado del río. Le robaron doscientos millones de pesos. Hubo disparos y dos personas quedaron heridas”. Acababa de llegar de la finca y estaba ansioso por contar el último chisme, ni siquiera se había quitado las botas o cambiado la ropa de trabajo. La atención de la familia pasó de las modelos de pasarela a Juan. Él bromeó diciendo que ahora tendría que entrenar para un potencial enfrentamiento con la banda: “[Anthony] seguro sabe disparar un cohete como esos gringos en las películas”. Su sobrino de veinte años se rio: “si fuera un grupo pequeño de tres o cuatro tipos la comunidad podría defenderse, pero

dieciséis es otro cuento. Ni siquiera vale la pena enfrentarlos porque lo matan a uno” (Diario de campo 1).

La mañana siguiente, Roberto, el tío de Juan, me recogió en la casa antes de las siete de la mañana, camino a su cocal. La mayoría de la gente que reside en el grupo de casas cerca de la cancha de fútbol son familia. Ellos son mestizos y ocupantes de tercera generación sin títulos sobre la tierra y, aunque no son negros, participan activamente en el consejo comunitario. En la muy unida comunidad de Nuevo Amanecer, su familia nunca fue confundida con la nueva ola de foráneos. El abuelo de Juan era un indígena que trabajaba como mensajero, un “indio, indio”, como lo describían sus descendientes con una sonrisa. Tanto su abuelo como su padre trabajaron en Nuevo Amanecer para una familia adinerada de Antioquia que fundó la comunidad a principios del siglo xx. Ahora, los padres de Juan, dos hermanas, un sobrino y una sobrina viven en una cocina convertida en una casa de cuatro cuartos hecha de bahareque. Los fundadores adinerados de Nuevo Amanecer, que también habían sido dueños de la mencionada cocina, huyeron de la región en la década de 1990 como resultado de la creciente influencia de las FARC.

Poco después de dejar la casa, un vecino nos detuvo en la calle principal que pasa a través de la parte más densamente poblada del caserío, cubría su rostro con una camiseta verde mientras su perro nos olisqueaba los pies. Le dijo a Roberto: “No hay plata ahora. No están comprando”. Desde noviembre de 2016, los “chongos” o laboratorios donde se transforma la hoja de coca en pasta base empezaron a quedarse sin efectivo tras unos pocos arrestos estratégicos de transportadores de dinero. Cuando los compradores en los laboratorios no tienen efectivo, no compran la hoja de coca a los cultivadores. Debido a que son el escalón más bajo en el tráfico de drogas, los cultivadores y los *raspachines* sienten inmediatamente el efecto de una súbita iliquidez. Muchos cultivadores se abstienen de cosechar las hojas maduras porque baja su peso –y por lo tanto su valor– si se dejan secar en costales. Otros cultivadores, como Roberto, hacen acuerdos con los compradores para cobrar a crédito. Los ladrones también se enfocaron en laboratorios, lo que llevó a algunas personas a pensar que militares vestidos de civil eran los responsables de los robos. El hombre con el perro nos dijo: “ahora no hay quién proteja la zona” (Diario de campo 1), en referencia a la ausencia de las FARC.

Mientras bajábamos por la trocha empinada y lodosa, labrada en la montaña por trenes de mulas, Roberto me hacía preguntas sobre Estados Unidos, como: “la gente es muy obesa allá ¿no?”. Pensaba que caminaba más lento de lo normal para que yo pudiera mantener el ritmo, pero en realidad él sufría de una lesión en la columna vertebral debido a años de trabajo manual. Cuando trabajaba como recogedor de café en los departamentos de Quindío, Risaralda, Huila y Antioquia en la década de 1980, decía que podía cargar hasta doce arrobas (unos 150 kilogramos) de café. Su cabello era largo y usaba un arete de oro en la oreja izquierda. Antes de irse de Nuevo Amanecer su madre creía que no lograría nada distinto a convertirse en un marihuanero, un alcohólico o un bazuquero porque no le gustaba trabajar. Él juró demostrarle que estaba equivocada. Los terratenientes conservadores al principio se negaban a contratarlo porque parecía el cruce entre un hippie y Rambo. Pero él les aseguró que si no recogía al menos diez arrobas de café pagaría su propio almuerzo (Diario de campo 1). En los cafetales era uno de los trabajadores más productivos. Otros trabajadores hacían pactos con el diablo y usaban drogas para mejorar su productividad (Nash 1979; Taussig 1980; Edelman 1994).

Algunos cubrían sus manos con un químico utilizado en la minería de oro que supuestamente les permitía recoger el café más rápido, pero también les producía espasmos. Después de algunos años de perseguir las cosechas de café en varias partes del país, Roberto regresó a Nuevo Amanecer a trabajar la tierra y a formar una familia con parte del dinero que había ahorrado.

Recientemente separado de su esposa, ahora vivía frente a la casa de su hermano, así que para él la decisión de cultivar coca no fue un problema existencial o moral. Años antes, uno de sus vecinos accidentalmente dejó crecer una quema controlada y el fuego arrasó con su cafetal. Enfrentó las llamas junto con sus vecinos para tratar de evitar que las llamas afectaran las demás fincas en la ladera de la montaña. El pragmatismo sacó lo mejor de él tras el fuego: la coca alcanza madurez en unos pocos meses; el café toma más de un año.

Dos personas ya estaban trabajando al momento en que llegamos a la pequeña parcela de Roberto, una hora después de que empezamos a caminar. Habían dejado sus mochilas con el almuerzo y agua colgadas de un pino junto al cocal (Figura 1). Antes de ponerse a trabajar, los raspachines se amarran vendajes de tela en la palma de las manos y el

índice. Esto ayuda a contrarrestar la irritación causada por la fricción entre la piel y la coca. En casa se refriegan las manos con limón para remover la película negra y pegajosa que se adhiere tras un día de trabajo. Levantando una pierna por encima del arbusto, se doblan para agarrar las ramas de la base, arrancar las hojas y meterlas en costales atados a sus caderas. En un mes los arbustos darían nuevas hojas y diez semanas después estarán listas para ser cosechadas.

**Figura 1. Campos de coca en el Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer**



Fuente: fotografía tomada por Anthony Dest, Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer, enero de 2017.

Esa mañana el color café rojizo de las ramas recién despojadas de hojas contrastaba con el verde exuberante de los arbustos sin cosechar. De un metro y veinte centímetros de altura, los arbustos tendrían alrededor de un año y medio. Al otro lado del camino eran mucho más altos y el cultivo al menos seis veces más grande que la modesta parcela de Roberto. Esas plantas pertenecían a un foráneo; Roberto no sabía su nombre. Cerca de la quebrada, junto a su cocal, unos pocos postes de madera cercaban un semillero rústico, donde crecía la próxima generación de arbustos de coca. Durante la mañana, la voz de una trabajadora se elevaba por encima del sonido de las hojas de coca arrancadas de las ramas y el murmullo del río

al final de la parcela. Ella hablaba en monólogos largos e ininterrumpidos sobre las actividades riesgosas de las muchachas en el pueblo y esposos buenos para nada, mientras llenaba su costal con hojas de coca.

Siete horas después llegó un hombre con tres mulas al broche junto a la entrada del cocal. Los dos trabajadores vaciaron por última vez ese día las bolsas atadas en sus caderas en los grandes recipientes designados para cada uno. Roberto charlaba con el arriero. El joven trabajador de Roberto apuntaló una balanza entre su hombro y la rama rota de un árbol. Roberto anotó el peso de las hojas de coca en un cuaderno trajinado que usaba para mantener la cuenta de todos sus gastos. Fue un día promedio para el joven trabajador: seis arrobas de coca a siete mil pesos cada una; significaba que se llevaba a casa cuarenta y dos mil pesos tras un día de trabajo en el cocal. Cargaron la coca en las mulas con cuerdas pesadas para asegurarse de que las bolsas no se caerían durante el viaje montaña arriba hasta el laboratorio que convierte las hojas en pasta base (Figura 2).

**Figura 2. Transportando hojas de coca a un laboratorio para su transformación en pasta base**



**Fuente:** fotografía tomada por Anthony Dest, Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer, enero de 2017.

Unos meses atrás había escuchado a alguien referirse a la “anticultura de la coca” por primera vez durante una asamblea de dos días organizada por la Comisión Étnica en octubre de 2016. Nuestra reunión tenía lugar a tan solo quince minutos de uno de los campamentos temporales de las FARC, dado que el grupo guerrillero todavía estaba en proceso de trasladarse formalmente a su campamento de reintegración. Los cerca de 100 asistentes, entre gente negra e indígena, se reagruparon en seis comisiones para discutir diferentes aspectos de los Acuerdos de Paz. Un grupo se enfocó exclusivamente en el capítulo étnico de los Acuerdos. Muchos de los participantes querían escuchar sobre el capítulo cuatro de los Acuerdos de Paz porque ellos mismos cultivaban coca o trabajaban como raspachines en las parcelas de otros. Entre los participantes también había líderes comunitarios que estaban preocupados por la creciente influencia de la coca en sus comunidades. Julio, un joven líder del consejo comunitario de Nuevo Amanecer, habló de lo que llamó la “anticultura de la coca”, y comparó a los foráneos cocaleros y los narcotraficantes con corporaciones multinacionales: “llegaron sin haberlos invitado, no hacen una consulta previa, explotan la tierra y simplemente se van cuando quieren. ¿Quién paga los platos rotos? Nosotros” (Diario de campo 1).

Para Julio, la “anticultura de la coca” era insidiosa porque transformaba la fibra moral de la comunidad, una perspectiva que resuena con los planteamientos de Scott (1976) acerca de la economía moral y los reclamos tolerables y los que no lo son. Contaba cómo las comunidades solían ser lugares pacíficos, donde la gente trabajaba unida en minga, celebraban costumbres locales y producían la comida que necesitaban para sobrevivir. La coca lo cambió todo. La “anticultura de la coca” traída por los foráneos llevó a la expansión de la prostitución, el alcoholismo, la violencia, las apuestas, el consumo de drogas, el materialismo y el individualismo en las comunidades. Aunque en esta reunión en particular Julio no ponía en discusión los usos espirituales y culturales de la coca de los pueblos indígenas, luego me dijo que la planta en sí no era antitética a la vida comunitaria. Para él, la “anticultura de la coca” se refería específicamente al cultivo de la coca para la creación de cocaína.

Aun así, para gente como Roberto cultivar coca representaba la oportunidad para comprar una lavadora o construir una casa de ladrillo y cemento, o al menos un medio para aguantar la precariedad asociada con décadas de reformas neoliberales y violencia en el campo (Tabla 4).

Para estas personas, la crítica de la “anticultura de la coca” adoptada por líderes de movimientos sociales era loable como una ética aspiracional, pero no era una posibilidad realista. Por supuesto, lamentaban públicamente la pérdida gradual de costumbres como el cambio de mano, mediante la cual las comunidades, familias o individuos se turnan para trabajar los unos a los otros. Pero desde el vendedor de empanadas y mazamorra al pie de la carretera hasta el ayudante de la chiva que carga los precursores químicos en el caspete, la gente común tenía más dinero en sus bolsillos como resultado de la bonanza económica de la coca.

La coca en Nuevo Amanecer prometía una mejor vida, o al menos una vida donde los deseos y las necesidades materiales parecen alcanzables, alimentándose de lo que Berlant llamaría un “cruel optimismo” (2011). Esto no quiere decir, sin embargo, que la gente de Nuevo Amanecer no haya trabajado con coca antes de mediados de 2000. Alfredo, el actual líder de la Asociación de Cocaleros y nativo de Nuevo Amanecer, recuerda hacer el extenuante viaje de cuatro días al otro lado de las montañas, hasta El Naya, con su padre para raspar coca en épocas tan tempranas como 1980, cuando usaban canastas de paja (y no costales) para recoger las hojas. Mientras recordaba sus viajes a El Naya, Alfredo contaba:

Nosotros nos íbamos por ahí un mes y al mes volvíamos. De ahí volvíamos y nos íbamos. Nosotros hacíamos cualquier arreglito por ahí porque teníamos harta tierra, sino es que no trabajamos. Pues el café que había era poquito y en cosecha pues uno lo cogía, pero tampoco es que alcance con mucho. Y así se fue introduciendo la coca en este sitio. En todo este sector usted ve que hoy en día ya hay coca. Ya se regó por todo lado”. (Entrevista 1)

Cuando el precio del café cayó a finales de la década de 1990, muchos jóvenes de Nuevo Amanecer dejaron sus casas y se unieron a miles de raspachines migrantes en un rito de paso similar a la experiencia de Roberto persiguiendo la cosecha de café una década atrás. Ellos también viajaron a El Naya, donde los cultivos de coca estaban bien establecidos, así como a otros lugares famosos por la coca como Caquetá, Putumayo, Meta y Guaviare. Recuerdan su tiempo en El Naya como un lugar de dinero, apuestas, burdeles y alcohol. Aunque ganaban mucho más dinero en El Naya que en Nuevo Amanecer, los precios eran altos por la economía de la coca en auge y por los costosos gastos de transporte. En lugar de regresar

con ahorros, solo llevaron historias de patrones celosos y juegos de cartas que terminaban en pistolas desenfundadas (Diario de campo 1).

**Tabla 4. Comparación de una hectárea de café vs. una hectárea de coca en 2017. Cálculo en pesos colombianos**

	Café	Coca
Número de cosechas al año	1,5	4
Número de plantas	5000	10 000
Precio por arroba	\$75 000	\$33 000
Cosecha típica en arrobas	180-200	200
Costo por cosecha (mano de obra, fertilizantes, pesticidas, transporte, etc.)	\$6 660 000	\$1 800 000
Ganancias anuales	\$8 240 000	\$16 800 000

**Fuente:** elaboración propia, a partir de fuentes anónimas en campo.

Durante la semana santa de abril de 2001, los paramilitares de las AUC aseguraron el control de la región con el asesinato de al menos veinte personas y el desplazamiento forzado de cerca de cuatro mil personas, en lo que se conocería como la masacre de El Naya (Villaraga 2018). Bajo la premisa de la aparente persecución de grupos guerrilleros de izquierda, los paramilitares aterrorizaron el norte del Cauca y la región de El Naya con el apoyo del Ejército y los industriales de la región. Las tropas, bajo el mando de Everth Veloza alias H. H., –uno de los líderes de las AUC extraditado a los Estados Unidos por narcotráfico– sometió a la gente a un nuevo régimen de control social. Cualquier cosa que pareciera apoyo a las FARC provocaba sospecha: botas de caucho, mercados que podrían alimentar más de una familia y viajar demasiado tarde en la noche o demasiado temprano en la mañana. Los paramilitares asesinaron y desaparecieron gente sin explicaciones. Arrojaron tantos cuerpos en el río Cauca que H. H. se refería al río como un cementerio (*Contravía* 2008). La violencia, el miedo y el aislamiento contribuyeron al desplazamiento y confinamiento de poblaciones rurales. Además de “limpiar” la tierra para las corporaciones multinacionales y proyectos estatales de infraestructura, los paramilitares también facilitaron la expansión de la minería ilegal de oro y el narcotráfico. Durante la arremetida paramilitar

que duró hasta finales de la década de 2000, los foráneos compraron tierra abarataada por la violencia y el desplazamiento forzado.

Mientras mucha gente negra e indígena huía del norte del Cauca hacia las periferias de las grandes ciudades como Cali y a otras regiones del país, los cocaleros mestizos llegaron a los territorios semiabandonados. Inicialmente, un solo colono llegaba a una comunidad remota y empleaba a la gente que vivía en los alrededores durante la cosecha de la coca. No obstante, la fuerza de trabajo de foráneos creció de manera estable mediante el del “boca a boca”, en efecto, los externos invitaban a sus familiares, amigos y otros contactos que tomaban ventaja de los lugares aislados que, al menos por el momento, parecían estar fuera del alcance de la guerra contra las drogas. Muchos de los foráneos que compraron tierra en Nuevo Amanecer no residen permanentemente en la región y tratan la tierra como mercancía desechable. Abandonaron las casas junto a sus cocaleros y viajaron a parcelas de tierra que requieren mantenimiento en otras partes del país. Comida enlatada, contenedores plásticos de pesticidas y otros artefactos de visitas previas se apilan en los alrededores de las casas abandonadas entre cosechas. Algunos foráneos, no obstante, han elegido residir permanentemente en Nuevo Amanecer. Una pareja, Carmen y Jorge, huyó de su hogar ubicado a unas horas de viaje, al sur de Nuevo Amanecer en 2007, tras una erupción de violencia que coincidió con la fumigación de sus cultivos de coca. De acuerdo con ellos:

Eso era impresionante el modo de entrar gente de otros lugares. Aquí teníamos gente del Guaviare, del Meta, gente de Pereira, de Antioquia. De otros municipios de aquí mismo del Cauca. ¡Uf! Aquí teníamos de la mayoría del Putumayo, del Caquetá. Algunos sí vienen desplazados también y otros vienen con el mismo interés de la coca. Algunos vendían sus cultivos [de coca] donde estaban y sabían que en esta zona apenas estaba comenzando. Llegaban y era fácil porque en ese tiempo sí había terreno desocupado. Entonces los propietarios de las fincas como llegaban y les ofrecían un buen precio por sus terrenos lo vendían. Y algunos no sabían con qué propósito era, pero otros sí sabiéndolo lo hacían. (Entrevista 2)

Carmen y Jorge, a diferencia de muchos de los otros foráneos que llegaron a Nuevo Amanecer durante lo que ellos llamaban el “apogeo de la coca”, decidieron quedarse en el Consejo Comunitario después

de que la *secadera*, una plaga, secase la variante *tinga* de la coca en 2011. En cuestión de meses, no obstante, la gente comenzó a sembrar *guayabal*, una nueva variante resistente a dicha plaga.

La mayoría de los mestizos foráneos se asentaron en dos veredas que quedaron prácticamente fuera de los límites del Consejo Comunitario. Tras el desarme de las FARC, nuevos grupos armados se tomaron las rutas del narcotráfico más o menos en el mismo momento en que la banda de ladrones robó los laboratorios de procesamiento de coca. De acuerdo con varias personas de Nuevo Amanecer, los narcotraficantes buscaron refugio en las veredas habitadas por los foráneos. Circularon amenazas de muerte contra las personas que organizaban reuniones relacionadas con los programas de sustitución de la coca asociados con los Acuerdos de Paz, y las amenazas revelaban su intención de “proteger, fortalecer y reactivar los cultivos de coca” (Diario de campo 1). Reclutaron jóvenes de la comunidad ofreciéndoles entre un millón doscientos mil y un millón quinientos mil pesos al mes por sumárseles. También pagaban dos millones de pesos por kilo de pasta base, frente al millón doscientos mil que la gente recibía antes de su llegada.

No todas las amenazas de muerte estaban relacionadas con la coca. Los grupos armados en la región también protegían las operaciones de minería ilegal de oro, hacían ajustes de cuentas por demanda y mataban líderes sociales que se oponían a proyectos de desarrollo de gran escala. Por ejemplo, alguien que aseguraba representar al grupo paramilitar Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC) envió el siguiente mensaje de texto a uno de los líderes de otro consejo comunitario de la región en abril de 2017:

bueno llego la hora de arreglar cuenta con los hpositores de las comunidades [ubicacion omitida] en especial los hp del consejo comunitario que en todo quieren meter las narises en es pesial a [nombres omitidos] sino quieren que lespase lo de [lugar omitido] les damos 24 horas para que salgan de la sona norespondemos llasabenque estamos en la sona.

auto defensas gaitanista  
sabemos sus mobimiento  
el tiempo en peso a corre.

(Diario de campo 1)

Entre la amenaza de violencia y la promesa de riqueza, los nativos de Nuevo Amanecer participaban cada vez más en la producción de coca.

Para agosto de 2020, la ominosa erradicación forzada auspiciada por el gobierno no había llegado y gente como Alfredo decía que la coca era la única razón por la cual todavía podían cultivar un poco de café en sus parcelas. Él usaba las ganancias de su cultivo de coca para subsidiar las pobres ganancias del café. En su vereda de 60 familias, solo tres de ellas no cultivaban coca. Jorge y Carmen –los foráneos que se quedaron después de la plaga de la *secadera* en 2011– dejaron de trabajar con coca la mayor parte de 2017. Jorge, integrante de una de las tres iglesias evangélicas de su pequeña comunidad, me contó sobre esta experiencia:

Yo tenía matas de coca y como puede mirar la he sustituido con café. Sí, yo trabajo o, a veces, toca [trabajar con coca], la situación toca ¿no? Toca porque darle estudio a tres hijos y querer que ellos sigan adelante... pues a veces con lo que uno tiene no le alcanza y toca irse [a trabajar con coca]. Porque uno con la realidad que la coca es buena en lo económico. Pero si usted ya se basa en el resultado y en el producto que tiene, no. Entonces yo por eso no...

Yo por mí, por mí no quisiera volver a hacerlo. Ya hace tres, cuatro años que yo propiamente matas no tengo y he sobrevivido a eso. Y mirando los vecinos tienen bastantes matas y a veces uno se pone a pensar y tienen matas pero no tienen más nada. A veces toca prestarles plata a uno. Entonces uno se pone a pensar: ¿que estamos haciendo? (Entrevista 2)

#### “LA VENGANZA DEL SISTEMA”

La coca no es nueva en el norte del Cauca, ni siquiera para el Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer. Alfredo recordaba a un viejo señor que solía tener cinco arbustos de coca, “¡pero eran *matísimas*, pues!”. Eran mucho más grandes que las matas organizadas eficientemente que la gente siembra ahora. El viejo vendía las hojas a sus amigos indígenas que compraban para mambear o masticar. La coca evitaba el hambre. La guerra contra las drogas cambió esto. Hizo que la gente tuviera más hambre (Diario de campo 1).

En *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista* los zapatistas sostienen: “la devastación que produce la guerra es también una mercancía, como lo es su reconstrucción. Es como si estuvieran colonizando un te-

territorio totalmente nuevo, uno que pueden organizar como quieran desde cero” (EZLN 2016, 270). Estas reflexiones sobre las formas contemporáneas de acumulación originaria son un agudo recordatorio de la centralidad de la violencia para producir capital y transformar las relaciones sociales (Marx 1990). Los llamados Acuerdos de Paz difícilmente pueden ocultar el conflicto en curso sobre las mercancías y los mercados en Colombia. La colonización de los cocaleros profundiza las relaciones capitalistas en Nuevo Amanecer y remodela la formación racial de la comunidad.

Las tensiones resultantes entre (1) la prospectiva de ganar más dinero al trabajar con la coca y (2) confrontar las transformaciones asociadas con lo que Julio llama la “anticultura de la coca”, representan un desafío para el Consejo Comunitario de Nuevo Amanecer, especialmente porque la coca funge como importante fuerza movilizadora en la comunidad y los foráneos controlan la mayor parte de su producción, lo que subraya las incómodas contradicciones que enfrenta el Consejo Comunitario Nuevo Amanecer. Muchos de sus integrantes ahora dudan de uno de sus objetivos principales: adquirir un título colectivo sobre la tierra. Por ejemplo, dos hombres me llevaron aparte tras una reunión y me preguntaron preocupados: “¿a qué se refiere exactamente con ‘título colectivo’? ¿Eso quiere decir que pueden vender mi finca?” (Diario de campo 1). La preocupación por perder el control sobre sus tierras, junto con las amenazas en curso de grupos armados en la región, silenciaron efectivamente los esfuerzos organizativos del Consejo Comunitario. Para mayo de 2017, los esfuerzos del consejo por comprometer públicamente a la comunidad con la posibilidad de sustituir la coca fueron silenciados como consecuencia de la violencia contra los líderes de movimientos sociales. Así, a diferencia del caso de apropiación de tierras liderada por foráneos en el Consejo Comunitario de Pureto, Cauca, que ha sido estudiado Caicedo (2017), el de Nuevo Amanecer no desarrolló una estrategia para confrontar a los foráneos debido a los graves riesgos para su seguridad. Finalmente, en diálogo con el Consejo Comunitario, también decidimos que yo debía abandonar Nuevo Amanecer, tras vivir en la comunidad de manera intermitente durante aproximadamente ocho meses.

Los cultivos extensivos de coca y la influencia de una nueva clase de mestizos foráneos son evidencia del cercamiento en curso de Nuevo Amanecer y la mayor parte del norte del Cauca. Aunque su influencia

precisa no puede cuantificarse, debido en parte a la falta de títulos formales sobre la tierra y la imposibilidad de conducir un censo preciso, la “estructura del sentimiento” en el norte del Cauca revela las ansiedades que suscita la más reciente ola de colonización y sus impactos en el potencial para construir autonomía y autodeterminación (Williams 2011). Por ejemplo, un viejo afrocolombiano en el mercado del domingo se dirigió a mí con una broma sobre un cerdo dormido: “se cansa rápido en el sol porque no tiene pelo, como un pastuso” (Diario de campo 1). El sentimiento también emerge cuando el viaje en bus por las montañas por vías polvorientas y llenas de huecos de repente se suaviza alrededor de los pueblos de la bonanza cocalera, porque los cocaleros foráneos pagan para pavimentar las vías alrededor de sus enclaves.

Un activista del PCN llamó a las transformaciones asociadas con la expansión de los cultivos de coca “la venganza del sistema”. Para él, las desigualdades estructurales de la sociedad colombiana empujan a la gente a cultivar coca y a volverse cada vez más dependiente del narcotráfico como su principal fuente de ingreso. En lugar de proporcionarles un camino para salir de la pobreza, los precipita en relaciones capitalistas que son antitéticas a las formas autónomas de vida de las comunidades negras que ellos luchan por construir. Los somete por igual a la violencia estatal y de los narcotraficantes. La quimera de la coca explota las necesidades de la gente marginada e impulsa otra ola de colonización de forasteros en busca de fortuna.

Sin embargo, la expansión de los cultivos de coca no ha depuesto el potencial para crear alternativas. Durante un taller, organizado por la Comisión Étnica en un consejo comunitario de la región en enero de 2017, los organizadores pidieron a los participantes crear una pequeña obra de teatro sobre sus historias de resistencia pasadas o actuales. La mayoría de los asistentes venían de comunidades negras e indígenas de los alrededores. La noticia del taller se filtró a otras comunidades y dos foráneos de El Naya llegaron allí. Uno de ellos, un hombre mestizo de edad madura, trató de tomarse el espacio e impulsó a los asistentes a organizarse alrededor de la Coordinadora Nacional de Cultivadores de Coca Amapola y Marihuana (Coccam), una nueva organización que surgió en el contexto de los Acuerdos de Paz. En una de las obras de teatro, los participantes representaron la historia de la llegada de un megaproyecto de infraestructura a su comunidad. Los actores

debatían sobre cómo lidiar con la imposición del megaproyecto en la comunidad ficticia. Al final, se unieron, se manifestaron y echaron al foráneo, interpretado por el visitante mestizo, a quien literalmente empujaron fuera del lugar de la reunión. El público se rio y celebró. Atrapados en algún lugar entre la autonomía y el cercamiento, rechazaban la mercantilización de sus vidas y sus tierras.

### Agradecimientos

Estoy eternamente agradecido con el Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de Nuevo Amanecer por su hospitalidad y cuidado. Espero que algún día podamos retirar el velo del anonimato y hablar sin miedo a retaliaciones. Gran parte de esta investigación fue posible gracias al apoyo y el ánimo de la Comisión Étnica por la Paz y en Defensa de los Derechos Territoriales. Este artículo se benefició enormemente de los atentos comentarios de mis colegas en la Mark Cluster Mamolen Dissertation Workshop en el Afro-Latin American Reseach Institute de la Universidad de Harvard en 2018. También estoy agradecido con los participantes del panel en la conferencia de 2019 en el Latin American Studies Association, que sirvió de inspiración para la edición especial de *World Development* donde este artículo se publicó originalmente, en particular Laura Sauls y Kendra McSweeney. Pedro Arenas, Kiran Asher, Ajamu Baraka, Daniel Campo, Roosbelinda Cárdenas, Margarita Chaves, Lisetta Del Castillo, Fernando Esquivel-Suarez, Sofia Garzón, David Gow, Charles Hale, Brian Hicks, Jeanne Lieberman, Alex Miller, Tianna Paschel, Axel Rojas, Joanne Rappaport, Robert Roupail, Gimena Sanchez, Christen Smith, Shreyas Sreenath, Elizabeth Velásquez Estrada y Coletta Youngers; así como los evaluadores anónimos de *World Development* me dieron una retroalimentación crucial durante varias etapas del proceso de escritura. La investigación para este artículo fue financiada por la National Science Foundation, el Social Science Research Council, la Inter-American Foundation y la Universidad de Texas en Austin.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almendra, Vilma. 2017. *Entre la emancipación y la captura. Memorias y caminos desde la lucha nasa en Colombia*. Guadalajara: Pensaré Cartoneras, Pueblos en Camino, En cortito que's pa'largo, Grietas Editores.

- Alvarez, Sonia et al. eds. (2017). *Beyond Civil Society: Activism, Participation, and Protest in Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Ararat, Lisifrey et al. 2013. *La Toma: historias de territorio, resistencia y autonomía en la cuenca del Alto Cauca*. Popayán: Observatorio de Territorios Étnicos; Consejo Comunitario Afrodescendiente del corregimiento de La Toma.
- Ballvé, Teo. 2018. "Narco-Frontiers: A Spatial Framework for Drug-fueled Accumulation". *Journal of Agrarian Change* 19, 2: 211-224.
- Ballvé, Teo. 2020. *The Frontier Effect: State Formation and Violence in Colombia*. Ithaca: Cornell University Press.
- Banco de la República de Colombia. "Inversión directa". <https://www.banrep.gov.co/es/estadisticas/inversion-directa>
- Berlant, Lauren. 2011. *Cruel Optimism*. Durham: Duke University Press.
- Byrd, Jodi. 2011. *The Transit of Empire: Indigenous Critiques of Colonialism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Federici, Silvia. 2004. *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*. Brooklyn: Autonomedia.
- Caicedo, Alhena. 2017. "Vida campesina y modelo de desarrollo: configuraciones de despojo/privilegio en el norte del Cauca". *Revista Colombiana de Antropología* 53, 1: 59-89.
- Campo, Daniel. 2018. *Territorios, control y diferencia étnica: Comunidades negras e indígenas frente al despojo en el norte del Cauca*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Contravía Tv. 2008. Contravía Capítulo 186. Entrevista a H.H. (6/6) 28/09/2008. <https://www.youtube.com/watch?v=peL-uYJdFds>.
- Das, Veena y Deborah Poole. 2004. "State and Its Margins: Comparative Ethnographies". En *Anthropology in The Margins of the State*, editado por Veena Das y Deborah Poole, 3-34. Santa Fe: School of American Research Press.
- Dest, Anthony. 2020. "'Disenchanted with the State': Confronting the Limits of Neoliberal Multiculturalism in Colombia". *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 15, 4: 368-390. <https://doi.org/10.1080/17442222.2020.1777728>.
- Edelman, Marc. 1994. "Landlords and the Devil: Class, Ethnic, and Gender Dimensions of Central American Peasant Narratives". *Cultural Anthropology* 9, 1, 58-93.
- EZLN. 2016. *Critical Thought in the Face of the Capitalist Hydra: Contributions by the Sixth Commission of the EZLN*. Durham: Paper Boat Press.

- González, Pablo. 2006. “Colonialismo interno (una redefinición)”. En *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*, editado por Atilio A. Boron, Javier Amadeo y Sabrina González, 409-434. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Clacso.
- Gow, David. 2008. *Countering Development: Indigenous Modernity and the Moral Imagination*. Durham: Duke University Press.
- Hale, Charles. 2005. “Neoliberal Multiculturalism: The Remaking of Cultural Rights and Racial Dominance in Central America”. *Political and Legal Anthropology Review* 28, 1, 10-28.
- Harvey, David. 2004. “The “New” Imperialism: Accumulation by Dispossession”. *Socialist Register* 40: 63-87.
- Jimeno, Myriam. 1983. “La descomposición de la colonización campesina en Colombia”. *Estudios Rurales Latinoamericanos* 6, 1: 65-76.
- LeGrand, Catherine. 1989. “Colonization and Violence in Colombia: Perspectives and Debates”. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 14, 28: 5-29.
- López, Claudia (ed.). 2010. *Y refundaron la patria... De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá: Debate.
- Lugones, María. 2008. “Colonialidad y género”. *Tabula Rasa*, 9: 73-101.
- Machado, Marilyn et al. 2017. “Weaving Hope in Ancestral Black Territories in Colombia: The Reach and Limitations of Free, Prior, and Informed Consultation and Consent”. *Third World Quarterly* 38, 5: 1075-1091.
- Marx, Karl. 1990. *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 1. London: Penguin Classics.
- McSweeney, Kendra, et al. 2017. “Why do Narcos Invest in Rural Land?”. *Journal of Latin American Geography* 16, 2: 329.
- Mejía, Daniel. 2016. *Plan Colombia: An Analysis of Effectiveness and Costs*. Washington, D. C: Brookings Institution.
- Midnight Notes Collective. 1990. *The New Enclosures*. *Midnight Notes* 10: 1-100.
- Molano, Alfredo. 2006. *Selva adentro: una historia oral de la colonización del Guaviare*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Nahuelpan, Héctor. 2012. “Formación colonial del Estado y desposesión en Ngulumapu”. En *Ta ñ fijke xipa rakizuameluwün: historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*, editado por Héctor Nahuelpan et al., 19-152. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- Nash, June C. 1979. *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines*. New York: Columbia University Press.

- Nkrumah, Kwame. 1966. *Neo-Colonialism: The Last Stage of Imperialism*. New York: International Publishers.
- Observatorio de Drogas de Colombia (ODC). 2020. “Cultivos ilícitos.”
- Omi, Michael y Howard Winant. 2015. *Racial Formation in the United States*. New York: Routledge.
- Paley, Dawn. 2014. *Drug War Capitalism*. Oakland: AK Press.
- Paschel, Tianna. 2016. *Becoming Black Political Subjects: Movements and Ethno-Racial Rights in Colombia and Brazil*. Princeton: Princeton University Press.
- Proceso de Comunidades Negras. 2017. “El narcotráfico no es lo nuestro: somos comunidades negras no coccaleras”.
- Quijano, Anibal. 2000. “Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America”. *Nepantla: Views from South* 1, 3: 533-580.
- Rahier, Jean Muteba (ed.). 2012. *Black Social Movements in Latin America: From Monocultural Mestizaje to Multiculturalism*. New York: Palgrave Macmillan.
- Ramírez, William. 1981. “La guerrilla rural en Colombia: ¿Una vía hacia la colonización armada?”. *Estudios Rurales Latinoamericanos* 4, 2: 144-205.
- Ramírez, María Clemencia. 2011. *Between the Guerrillas and the State: The Coccalero Movement, Citizenship, and Identity in the Colombian Amazon*. Durham: Duke University Press.
- Rappaport, Joanne. 1998. *The Politics of Memory: Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*. Durham: Duke University Press.
- Rivera, Silvia. 2012. “Ch’ixinakax utxiwa: A Reflection on the Practices and Discourses of Decolonization”. *South Atlantic Quarterly* 111, 1: 95-109.
- Robinson, Cedric. 2000. *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Rodríguez, César. 2012. *Etnicidad.gov: Los recursos naturales, los pueblos indígenas y el derecho a la consulta previa en los campos sociales minados*. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (DeJusticia).
- Romero, Mauricio (ed.). 2007. *Parapolítica: La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris.
- Scott, James. 1976. *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Scott, James. 2009. *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Security Sector Assistance Database. 2019. “Military Aid Dashboard”. <https://securityassistance.org/security-sector-assistance/>

- Serje, Margarita. 2005. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Smith, Christen. 2016. *Afro-Paradise: Blackness, Violence, and Performance in Brazil*. Champaign: University of Illinois Press.
- Tate, Winifred. 2015a. “The Aspirational State: State Effects in Putumayo”. En *State Theory and Andean Politics: New Approaches to the Study of Rule*, editado por Christopher Krupa y David Nugent, 234-253. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Tate, Winifred. 2015b. *Drugs, Thugs, and Diplomats: U. S. Policymaking in Colombia*. Stanford: Stanford University Press.
- Taussig, Michael. 1980. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Tickner, Arlene B. 2007. “Intervention by Invitation: Keys to Colombian Foreign Policy and Its Main Shortcomings”. *Colombia Internacional* 65, 90-111.
- Torres, María Clara. 2011. *Estado y coca en la frontera colombiana: el caso de Putumayo*. Bogotá: Odecofi, CINEP.
- Tsing, Anna. 2005. *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton: Princeton University Press.
- UNHCR. – United Nations High Commissioner for Refugees. 2017. “Forced displacement growing in Colombia despite peace agreement”. United Nations.
- UNODC. – United Nations Office on Drug Control. 2004. Colombia: Censo de Cultivos de Coca en diciembre de 2003.
- UNODC – United Nations Office on Drug Control 2008a. “2008 World Drug Report”. United Nations.
- UNODC – United Nations Office on Drug Control . 2008b. Coca Cultivation in the Andean Region: A Survey of Bolivia, Colombia and Peru.
- UNODC – United Nations Office on Drug Control. 2014. Cultivos de Coca: Estadísticas Municipales Censo 31 de diciembre de 2013. Bogotá: United Nations.
- UNODC – United Nations Office on Drug Control. 2017a. “Colombia: monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2016.” United Nations.
- UNODC – United Nations Office on Drug Control. 2017b. “Colombia: Survey of Territories Affected by Illicit Crops – 2016”.
- Villarraga, Álvaro. 2018. *Bloque Calima de las AUC: depredación, paramilitarismo y narcotráfico en el suroccidente colombiano* (2). Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH).
- Williams, Raymond. 2011. *The Long Revolution*. Cardigan: Parthian.

### **Entrevistas**

Entrevista 1. Nombre: Anónimo, campesino. 9 de octubre de 2017, Cauca, Colombia.

Entrevista 2. Carmen y Jorge, campesinos. 10 de octubre de 2017, Cauca, Colombia.

### **Diarios de campo**

Diario de campo 1: suroccidente colombiano. Agosto de 2016–noviembre de 2017.

Cuadernos.